

Dulce encanto,
 ¡Por qué bajas esos ojos
 Que amo tanto!
 ¿Será desdén?... ¿Será amor?
 ¿Tristeza?... ¿Celos?... ¿Antojos?
 —Es pudor.
 —Ya eres madre. ¡Dulce instante!
 —Madre soy. ¡Dicha anhelada!
 —¿Qué ignoras?...
 —¡Ah!... sé bastante.
 —¿Qué temes?
 —No temo nada.
 —Mucho niegas,
 Que el mundo pérfido enciende
 Ansias ciegas,
 Y es frágil la juventud.
 —Contra el mundo me defiende
 La virtud.



CONSUELOS DEL MUNDO

I.

¡Fuego!... ¡Fuego!... y nadie acude;
 Mudas están las campanas.
 ¡Fuego!... y la gente se ríe.
 ¡Fuego!... y riéndose pasa.

Mientras los ojos de Inés
 Tan ardientes chispas lanzan,
 Que á voces están diciendo:
 «Este corazón se abrasa.»

II.

¡Ladrones!.... y nadie acude.
 ¡Ladrones!.... nadie se alarma;
 Y bostezando en la esquina
 Las diez el sereno canta.

Mientras á la pobre Inés
 Dentro de su misma casa,
 Y en presencia de su madre,
 Le han robado toda el alma.

III.

¡Socorro!.... (gritan) ¡Socorro!
 Con voces atribuladas,
 Y las gentes que las oyen
 Ni se admiran ni se paran.

Y en tanto á la pobre Inés
 Amargos celos la asaltan,
 Y en su propio corazón
 Le asesinan la esperanza.

IV.

Ayer mismo me contaron
 Tu tristeza y tu desgracia;
 Y por si buscas consuelo,
 Oye estas cuatro palabras:

Dice un libro muy antiguo,
 titulado *Dicha humana*,
 Que las tristezas se curan
 Mirando correr el agua.

Y pues tú tienes dos ojos
 Y llanto en ellos no falta....
 Ríete, Inés, de tus penas,
 Mirando correr tus lágrimas.

